

A detailed portrait of Cardinal Francisco Antonio de Lorenzana, the Primate of Spain. He is depicted from the chest up, wearing a red and gold ornate mitre and a red and gold cope over a white and blue striped cassock. He holds a large, ornate golden cross in his left hand and a smaller cross on a chain around his neck. The background is dark and textured.

PASTOR CON CORAZÓN, BUENA NOTICIA DE LOS POBRES

**CARTA PASTORAL
EN EL TERCER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL
CARDENAL FRANCISCO ANTONIO DE LORENZANA**

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España



CARTA PASTORAL
A LOS SACERDOTES, MIEMBROS DE LA VIDA
CONSAGRADA Y FIELES LAICOS
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

PASTOR CON CORAZÓN,
BUENA NOTICIA DE LOS POBRES

EN EL TERCER CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DEL
CARDENAL FRANCISCO ANTONIO DE
LORENZANA

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Edita: Arzobispado de Toledo.
Toledo, 18 de diciembre de 2022.

“**H**agamos ya el elogio de los hombres ilustres, de nuestros padres según su sucesión” (Si 44,1) La invitación del libro del Eclesiástico a recordar, con agradecimiento y admiración, a las grandes figuras de la historia del pueblo de Israel es siempre un aliciente para evocar a quienes, en el devenir del nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, han destacado por su vida y actuación. Desde los primeros siglos, la comunidad cristiana guardó un piadoso recuerdo, hecho celebración, primero de los mártires, desde el protomártir san Esteban, y más tarde de los confesores de la fe, de las vírgenes y de los grandes pastores. Pero este recordatorio no se ha limitado a los hombres y mujeres que han merecido ser inscritos en el canon de los santos, sino que se ha extendido, comprendiendo que la historia humana en su conjunto es Historia Salutis, Historia de Salvación, a todo lo que la comunidad eclesial ha ido viviendo a lo largo de su bimilenaria existencia, a partir del momento de su fundación por Jesucristo y del comienzo de su misión, el día de Pentecostés. San Lucas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, quiso, tras reunir en su Evangelio lo esencial de la vida y mensaje de Jesús, recordar los inicios de la Iglesia, desde la comunidad primitiva de Jerusalén hasta la llegada de Pablo a Roma, donde Pedro establecería su sede, convirtiendo a esta Iglesia en la que preside a las demás en la caridad. Lucas puso exquisito cuidado en recoger la memoria de los inicios de la Iglesia, mostrando así la importancia que para la misma tiene la conservación amorosa del recuerdo de los acontecimientos vividos.

Este cuidado en mantener el recuerdo de esa historia ha sido una constante en la vida eclesial. Desde la obra de Eusebio de Cesárea, padre de la historia de la Iglesia, hasta la actual apertura de los Archivos Vaticanos a la investigación, la Iglesia se ha preocupado por el cultivo

de la historia, conservando sus fuentes y ofreciendo un fecundo diálogo al mundo, a la ciencia y a la cultura.

Nuestra archidiócesis de Toledo posee una larga y fecunda historia, que hunde sus raíces en los primeros siglos cristianos, como muestra el testimonio martirial de santa Leocadia y la presencia de uno de sus primeros obispos, Melancio, en el Concilio de Elvira. A lo largo de estos siglos, en los que, como en todo lo humano, se mezclan las luces y las sombras, el pecado y la gracia, han sido abundantes los santos que han testimoniado a Cristo con su vida e incluso con su sangre en estas tierras toledanas. San Ildefonso, san Julián, san Eugenio o san Eladio en la época visigoda; san Eulogio en la etapa mozárabe; el mártir Gabriel de la Magdalena en el siglo XVII; el beato Ciriaco María Sancha y Hervás o los mártires del siglo XX, con el beato Liberio González Nombela a la cabeza, han sido algunos de los jalones de santidad que siguen marcando el rumbo de nuestra comunidad eclesial. A ellos se unen quienes esperan el juicio definitivo de la Iglesia, como el venerable José Rivera o el misionero siervo de Dios Martín Martín Martín-Tereso, testigos de Cristo en el mundo contemporáneo que se unen a otros procesos históricos abiertos en nuestra diócesis, como el de Teresa Enríquez, la “loca del Sacramento”.

Pero también nuestra historia diocesana ha sido enriquecida con abundantes figuras que, sin formar parte del catálogo de los santos, han destacado por su vida, por su actuación, por su entrega a la Iglesia local y universal, a la cultura y ciencia de su tiempo, mostrando un compromiso con la sociedad que les tocó vivir, sirviéndola como expresión de su seguimiento del evangelio. Entre ellas destacan los grandes pastores que han regido la sede toledana. A los que hemos señalado por su santidad, habría que añadir un largo catálogo entre el que descuellan Gil de Albornoz, Mendoza, Cisneros, Silíceo, Tavera, Portocarrero, Gomá, Pla y Deniel, Tarancón o el cardenal González Martín.

En esta lista de brillantes y destacados obispos, en el siglo XVIII descolló la figura del cardenal Francisco Antonio de Lorenzana, cuyo tercer centenario de nacimiento hemos celebrado el 2022. A dicho centenario se ha unido otro de feliz memoria, el del doscientos cin-

cuenta aniversario de su nombramiento como arzobispo de Toledo y su entrada en la archidiócesis. La importancia de Lorenzana es indiscutible, no sólo para la Iglesia diocesana de Toledo, sino también para la historia y la cultura de España, México y de la Iglesia romana, a la que sirvió directamente sus últimos años. Su recuerdo no es una mera evocación nostálgica del pasado, sino, sobre todo, un aliciente y ejemplo, en nuestra situación histórica y eclesial concreta, para seguir por la fecunda senda del servicio al evangelio en nuestra sociedad y cultura contemporánea.

El pastor y su época

Francisco Antonio de Lorenzana y Butrón nació en León un 22 de septiembre de 1722, siendo bautizado en la parroquia de san Pedro y san Isidoro el Real de la ciudad. Fue padrino de bautismo su tío, canónigo de la catedral de León, don Atanasio, que influiría en la posterior formación del futuro prelado. Francisco no sería el único de su familia que serviría a la Iglesia, pues su hermano Tomás, tras alcanzar el deanato de Zaragoza, llegaría a ocupar la sede episcopal de Gerona, destacando asimismo por su actuación ilustrada.

Lorenzana se educó con los jesuitas de León y más tarde con los benedictinos del priorato de San Andrés de la Espinareda, donde obtuvo el grado de bachiller en Artes. En 1734 ingresó, al recibir la tonsura, en el estado eclesiástico. A continuación cursó los estudios de Teología y ambos Derechos en las universidades de Valladolid, Burgo de Osma y Salamanca. En 1750 obtuvo una canonjía en la catedral de Sigüenza, y allí, además de sus funciones como doctoral, se dedicó a organizar la biblioteca del cabildo. En 1751 recibió las sagradas órdenes del presbiterado. Tres años más tarde, se trasladaba a Toledo, al ser nombrado canónigo de la catedral primada, por parte del cardenal-infante, don Luis Antonio Jaime de Borbón Farnesio. Así iniciaba su servicio a la sede toledana, que culminaría con su nombramiento episcopal para la misma.

En el cabildo toledano, Lorenzana vivió un momento de intensa actividad científica y cultural, desarrollada a la par que el servicio litúrgico,

caritativo y pastoral del templo primado en aquellos años, en los que destacó, asimismo, las profundas inquietudes culturales de un selecto grupo de capitulares, algunos de ellos más tarde obispos de diferentes diócesis españolas y americanas. Eran los tiempos en los que el padre Burriel, los benedictinos Sarmiento y Mecolaeta y Francisco Pérez Bayer ordenaban, publicaban y catalogaban los fondos del archivo capitular. Pero Lorenzana prestó también otros servicios a la comunidad eclesial de su tiempo, colaborando con su prelado, en ese momento, tras la renuncia del cardenal Borbón, don Luis Fernández de Córdoba, quien nombró a Lorenzana vicario general de la diócesis. Más tarde, dentro del cabildo, recibiría la dignidad de abad de San Vicente de la Sierra y deán de la catedral.

Todo esto preparó a don Francisco para alcanzar la plenitud del sacerdocio, al ser designado para la dignidad episcopal. El 5 de junio de 1765, tras once años de canónigo en Toledo, recibió el nombramiento de obispo de Plasencia, recibiendo la consagración el 11 de agosto de ese mismo año en Madrid, perteneciente entonces a la diócesis primada, en la iglesia de los dominicos del convento de Santo Tomás, siendo ordenado por el arzobispo de Farsalia e inquisidor general, don Manuel Quintana Bonifaz.

Lorenzana hizo su entrada solemne en Plasencia el 28 de agosto. El nuevo obispo mostró su generosidad hacia sus diocesanos vendiendo el trigo de la alhóndiga a bajo precio, para que se rebajase el precio del pan; pensó en fundar una institución a modo de Hospital u Hospicio para gente vagabunda y expresó su disposición a financiar una plaza de profesor de latín, para mejorar la formación de los candidatos al presbiterado. Sin embargo, el nuevo prelado apenas pudo desarrollar labor alguna en la diócesis placentina, pues un nuevo destino pastoral le esperaba al otro lado del océano.

El 14 de abril de 1766, Lorenzana fue nombrado arzobispo de México, en la Nueva España. En agosto de ese mismo año desembarcaba en Veracruz, iniciando un fecundo pontificado. Como buen pastor, muy preocupado por sus diocesanos, desarrolló una intensa actividad pastoral, realizando la visita a la diócesis, predicando a sacerdotes y

catequistas, preocupándose por la evangelización de los indios, fundando y organizando misiones. Asimismo, construyó un Hospital, un Asilo de pobres y una Casa de niños expósitos; publicó un catecismo para párrocos, fomentó la composición de gramáticas indígenas y aplicó el decreto real de expulsión de los jesuitas. Y junto a su labor pastoral, e inseparable de la misma, realizó proyectos urbanísticos, preparó la edición de las Actas de los Concilios Mexicanos junto con la historia de sus obispos, financió el estudio de la antigüedad mexicana, al mismo tiempo que redactó, ampliada con notas personales, la Historia de la Nueva España, de Hernán Cortés. En 1771 envió a Toledo sendos ejemplares del Misal mozárabe, mostrando que ni se olvidaba de su catedral ni de su patrimonio máspreciado, el rito visigótico-mozárabe. Ese mismo año convocó y presidió el IV Concilio Provincial Mexicano.

El 27 de enero de 1772, Lorenzana fue nombrado arzobispo de Toledo. Tras un periplo que le condujo de Veracruz a La Habana y de aquí a la península, desembarcó en Cádiz el 18 de julio y el 3 de octubre llegó a la ciudad imperial, siendo su primer acto, bajar a la catedral desde el palacio, para rezar ante la imagen de la Virgen del Sagrario. En la tarde del día siguiente, domingo 4, hizo su entrada solemne en la catedral, comenzando así, un largo pontificado de veintiocho años, que le permitió realizar una extensa e intensa labor que, como buen ilustrado, se extendía más allá de lo estrictamente pastoral, alcanzando el desarrollo social, económico y artístico.

A nivel pastoral, Lorenzana se preocupó por la renovación de la curia, para que fuese más eficaz; recorrió la extensa archidiócesis, incluyendo la lejana plaza de Orán, en la costa africana; buscó una mejor formación del clero, mejorando, con la construcción de un nuevo edificio, las instalaciones de la Universidad toledana; fomentó la liturgia, potenciando y cuidando el precioso legado del rito mozárabe; trató de purificar la religiosidad popular y las costumbres. Y junto a esto, sin separarlo, como parte integrante de su ministerio, promocionó la cultura, abriendo su riquísima biblioteca al público, editando obras de la antigüedad cristiana, amparando proyectos paleográficos, regalando libros y códices a la biblioteca capitular; el arte, con las obras realizadas en la catedral,

como los altares de la capilla de Reyes, las pinturas del claustro o la Última Cena de la fachada principal; fomentó, a la par que promovía la acción caritativa, la regeneración económica del país, con las Reales Casas de Caridad de Toledo, Ciudad Real y Alcázar de San Juan; las obras de urbanización de la ciudad de Toledo, embelleciendo la ciudad con las imágenes de los reyes que trajo del Palacio Real de Madrid, y mejorando la asistencia sanitaria de la misma con la construcción del nuevo edificio del Hospital del Nuncio. Mención especial tiene la caritativa acogida que dispensó a los sacerdotes huidos de la persecución que tuvo lugar en Francia como consecuencia de la Revolución.

Esta fecunda etapa se vio interrumpida en 1797, cuando, por cuestiones políticas, el rey Carlos IV y su valido, Godoy, enviaron a Lorenzana, que en 1789 había sido creado cardenal, a Roma, para realizar gestiones ante la curia y estar cerca del papa Pío VI, en los duros momentos de la ocupación francesa de la Ciudad Eterna. Lorenzana acompañó al papa en su exilio en Siena y Florencia, pero no se le permitió seguir con él hasta Francia. Tras la muerte de Pío VI, Lorenzana participó en el cónclave que eligió en Venecia a su sucesor, Pío VII.

En 1800, Lorenzana renunció a la sede de Toledo, que vino a recaer en su discípulo, don Luis de Borbón y Vallabriga, a quien había educado junto a él. El cardenal permaneció en Roma, al servicio directo de papa, colaborando en la Congregación de Propaganda Fide y preocupándose de la reforma de los estudios eclesiásticos. Falleció en la Urbe el 14 de abril de 1804, a los ochenta y un años de edad. Tras las exequias en la basílica de los Santos Doce Apóstoles, de la que era titular, fue enterrado en Santa Croce in Gerusalemme. En 1956, sus restos fueron trasladados por el cabildo metropolitano de México a la catedral de esta ciudad, donde recibieron sepultura.

Un obispo del siglo XVIII que sigue inspirando al siglo XXI

La figura del cardenal Lorenzana, de cuya biografía hemos hecho breve glosa, no es sólo un glorioso recuerdo del pasado, como si se tratase de una pieza de arqueología para contemplar en un museo,

sino que su ejemplo, salvadas la concretas circunstancias históricas de su momento, sigue estando de plena actualidad. Muchas de las actuaciones que realizó siguen sirviendo de modelo para la comunidad diocesana de Toledo, inspirando a su pastor, a su clero, a su vida consagrada y a sus fieles laicos, comprometidos todos en un anuncio del Evangelio que tiene que abarcar, si no queremos que se trate de un espiritualismo desencarnado, todas las realidades humanas, porque nada humano nos es ajeno. El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et spes*, nos recordaba que “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.” (GS 1)

Por ello, muchas de las actuaciones pastorales, litúrgicas, culturales y científicas del cardenal, adaptadas a nuestra realidad, pueden servirnos de luminosa guía. Entre ellas, podemos destacar:

1. La preocupación por la formación del clero

Lorenzana era consciente de que un clero bien formado, sabio y santo, era un pilar esencial para la renovación eclesial. El mismo tuvo una amplia formación que le preparó para desempeñar las diversas tareas que se fueron encomendando a lo largo de su vida ministerial. Es elocuente la anécdota de su etapa en Plasencia, cuando se dispuso a pagar de su propio peculio un profesor de latín, para mejorar la formación de sus seminaristas, aunque el poco tiempo que sirvió a esta diócesis le impidió erigir el seminario. Al llegar a México se encontró con que sí existía un seminario, pero que resultaba insuficiente para el numeroso grupo de ordenandos existentes; Lorenzana trató, en el

Concilio Provincial Mexicano, de establecer un sistema más amplio y riguroso de formación. Toledo, por el contrario, no tenía aún seminario, pero la formación del clero se realizaba tanto en la Universidad de Toledo como en la de Alcalá, fundada por el cardenal Cisneros con la finalidad de preparar un clero de alto nivel teológico y espiritual. Lorenzana se preocupó de mejorar las instalaciones de la universidad toledana, encargando la construcción de un nuevo edificio. Esta solicitud por la formación de los seminaristas tiene que seguir siendo una prioridad para nuestra diócesis, continuando la labor emprendida en los últimos años por el cardenal Marcelo González Martín, quien con la carta pastoral «Un seminario nuevo y libre», cuyo cincuenta aniversario celebramos en 2023, renovó la formación sacerdotal de nuestro seminario San Ildefonso, dando abundantes frutos al servicio de la Iglesia local, española y universal. Formar sacerdotes sabios y santos es un objetivo prioritario, al que todos nos debemos con nuestra oración por las vocaciones y los seminaristas, con el cuidado de que sigan surgiendo en nuestras familias, en nuestras comunidades parroquiales y movimientos. En nuestro camino de preparación al Sínodo diocesano, vamos a dedicar el tercer año a los sacerdotes, tras haber tenido como protagonistas de los dos primeros a los laicos y la vida consagrada. Un momento de gracia para renovar el espíritu de entrega sacerdotal, para incidir en la mejor formación de los presbíteros, para vivir con mayor intensidad la llamada a la santidad de los pastores, configurados con el Corazón de Cristo, Buen Pastor.

2. El amor por la liturgia, “fuente y culmen” de la vida cristiana (SC 10), como nos recordaba el Concilio Vaticano II.

Lorenzana se preocupó por la autenticidad del culto, eliminando impurezas que se había ido adhiriendo en las celebraciones. Y cuidó el marco celebrativo, no sólo con las diferentes disposiciones que dictó para la decoración y ambientación de las iglesias, sino también mejorando y enriqueciendo el patrimonio de la catedral. Al llegar a Toledo se encontró con un templo primado con las fachadas deterioradas y

envejecidas, llena de confusión y desorden en su interior. Desde el primer momento se preocupó de la mejora, con una constante atención, como la que dedicaba a todas sus empresas, estando pendiente de los más nimios detalles. Una de las obras más notables fue la decoración de la capilla dedicada al santo patrono de la diócesis, san Ildefonso, para la que encargó un espléndido retablo. También promovió el embellecimiento de la capilla de Reyes Nuevos, la remodelación de la capilla de San Pedro, el altar de Santa Leocadia, la construcción de un nuevo órgano por parte de José Verdalonga, la decoración con pinturas que recogiesen la historia de la sede primada en el claustro. Pero no se limitó al interior, su mecenazgo se extendió a la mejora y embellecimiento de las fachadas, desde la principal, en la que Mariano Salvatierra ubicó una Última Cena a la de los Leones, donde hizo poner cinco estatuas de arzobispos toledanos, las once medallas con personajes bíblicos y la escultura de la Asunción de la Virgen; restauró también la puerta del Reloj. Estas obras, que buscaban dar a la iglesia madre de la diócesis el esplendor que merecía dicha dignidad, mejoraron el templo primado, siendo las últimas grandes intervenciones en el mismo. Nosotros, en los albores del siglo XXI, tenemos el gran reto de conservar y mantener este legado artístico, cultural y espiritual, afrontando con ilusión y ánimo las cercanas celebraciones del octavo centenario del inicio de la construcción de la catedral gótica. Una gran oportunidad no sólo de restaurar y embellecer nuestra catedral, sino también de convertirla en un faro de espiritualidad, donde la liturgia, especialmente la Eucaristía presidida por el obispo, sea modélica, en su verdad y su belleza; un lugar de auténtico encuentro con Dios, de oración, de recepción de los sacramentos –particularmente el de la reconciliación–; un santuario mariano en el que el amor secular de los toledanos por la Virgen del Sagrario, amor que demostró tener especialmente el cardenal Lorenzana-, irradie hacia toda la diócesis. En este sentido, las celebraciones del centenario catedralicio coincidirán con las del primer centenario de la coronación canónica de Nuestra Señora del Sagrario, por parte del cardenal Reig y Casanova. Este prelado, que presidió la conmemoración del séptimo centenario, quiso que en el mismo destacará lo que es el

corazón de la vida de la catedral, la Eucaristía, por lo que celebró un magnífico Congreso Eucarístico. Toda la belleza y el arte que guarda la catedral y custodia con esmero el cabildo primado, tiene como fin principal la celebración de la Eucaristía, en la que Cristo, Pan de los Ángeles, se nos da como alimento y prenda de la vida futura, como nos recuerda la antífona del Magnificat de las segundas víspera del Corpus Christi, festividad que en nuestra ciudad y en nuestra diócesis tiene un esplendor especial. El octavo centenario ha de ser también un momento de renovar esta piedad eucarística, tanto en su celebración como en su adoración ante el sagrario o la custodia.

3. La liturgia hispano mozárabe

Fue una de las grandes pasiones del cardenal. En este sentido enlaza con otros prelados que le precedieron, como Gonzalo Pétrez y Jiménez de Cisneros, quienes preservaron este precioso legado de la Iglesia visigoda. Siendo arzobispo de México, junto con su antiguo compañero de cabildo toledano y a la sazón en aquel momento obispo de Puebla de los Ángeles, Fabián y Fuero, un extracto del misal y del breviario, acompañado de una descripción de los ritos, facilitando así la celebración. Cuando llegó a Toledo se dispuso a preparar nuevas ediciones de los libros mozárabes, reeditando a sus expensas el breviario y el misal. Pero Lorenzana no se limitó a la liturgia. Rodeado de sabios y eruditos, promovió la edición crítica de los Padres toledanos, con obras de san Ildefonso, san Eugenio, san Julián, san Eulogio y también del gran astro de la Iglesia hispano-goda, san Isidoro. Este venerable legado, el de la liturgia hispano visigoda o mozárabe, junto al de la rica cultura eclesiástica visigoda, ha de ser conservado, cuidado y cultivado con especial esmero por parte de la comunidad cristiana que peregrina en la archidiócesis; no es un recuerdo del pasado, sino que, como realidad viva, tanto en la catedral como en las parroquias mozárabes, debe seguir dando frutos de vida cristiana honda, como la de aquellos cristianos que, bajo el Islam, permanecieron fieles a la fe y tradiciones recibidas de sus mayores. El culto en rito mozárabe es un signo distintivo de

nuestra iglesia local; un rito surgido en aquella pujante Iglesia hispana, cuya historia hemos de conocer cada día mejor, una historia de fe que los recientes descubrimientos arqueológicos, como en Guarrazar o San Pedro de la Mata, o las recias piedras de Santa María de Melque, nos muestra verdaderamente pujante, con un austero monacato, con un clero cuya formación espiritual e intelectual se manifiestan en las grandes figuras que rigieron las diferentes iglesias de Hispania, con un arte que cada día nos ofrece nuevos motivos para sorprendernos. Todo ello supone hacer memoria agradecida de lo que nos legaron y a sentirnos interrogados para hoy seguir construyendo juntos nuestros sueños de un mundo mejor, fecundado por el Evangelio.

4. La opción preferencial por los pobres

La opción preferencial por los pobres constituye el camino por el que la Iglesia avanza en la historia. Lorenzana lo supo entender muy bien. Y lo vivió coherentemente. En todas las diócesis en las que estuvo erigió hospitales, hospicios y asilos. Su breve pontificado en Plasencia vio los esfuerzos que realizó en este sentido. Lo mismo ocurrió en México y sería uno de los rasgos distintivos de su pontificado toledano. En la Ciudad Imperial construyó un espléndido edificio, en lugar aireado y con vistas al Tajo, para que fuera ocupado por el Hospital de Dementes, revitalizando así el antiguo Hospital del Nuncio, al que aumentó las rentas para su sostenimiento. En la misma Toledo, además de en Ciudad Real y Alcázar de San Juan, instaló y puso en marcha las Reales Casas de Caridad, en cuyas aulas y talleres se daba trabajo a personas en paro, además de formar a la juventud. Trataba así de mejorar la situación de los abundantes pobres que pululaban por las calles. Se enseñaban oficios mecánicos, especialmente los dedicados a la manufacturación de la seda. La actual sede del Rectorado de la Universidad de Castilla-La Mancha en Ciudad Real corresponde al edificio levantado por el cardenal, que buscaba además de la eficiencia de las labores que se realizaban en las Reales Casas, la dignidad del marco en el que estaban instaladas. En 1799 impulsó la creación de las Casas de Expósitos en

Alcaraz, Alcázar de San Juan, Cazorla, Guadalajara, Huéscar y Cazorla. La caridad del cardenal se expresó, asimismo, con la acogida de más de quinientos sacerdotes franceses, exiliados a causa de la Revolución, velando por su sustento y necesidades. Su preocupación por los menesterosos e indigentes hizo que en su tumba romana se grabara la inscripción Aquí yace el padre de los pobres. Pasar a la historia por este epitafio, *pater pauperum*, define de modo elocuente la gran figura del prelado. Los romanos que visitaran su tumba sabían bien de la verdad del mismo, pues durante sus estancia en la Urbe el reparto de limosnas fue uno de sus rasgos más destacados; el arzobispo de Valencia, cardenal Despuig afirmó que las limosnas dadas por el prelado toledano a hospitales, conventos y toda clase de pobres superaban a la del resto de cardenales juntos. Sus bienes también los dedicó a los pobres, pues nombró en su testamento herederos universales a las Reales Casas de Caridad de Toledo y Ciudad Real. Cuando tras llegar la noticia de su muerte a Toledo, el padre franciscano fray Ramón de las Navas, en el sermón fúnebre predicado en la iglesia de Santa María Magdalena quiso definirle, señaló que el cardenal pasaría a la inmortalidad por “su compasión con los pobres, su conmisericordia con los afligidos, su liberalidad con los indigentes, su piedad con los necesitados, y su clemencia con los menesterosos”. Un ejemplo para cada uno de nosotros, llamados a contemplar el rostro de Cristo en nuestros hermanos, pero especialmente en los que sufren, en los pobres de cuerpo o de espíritu, en los marginados y descartados, como nos recuerda constantemente el papa Francisco. Pero también como Iglesia local podemos seguir las huellas del cardenal con las diferentes iniciativas de Cáritas, tanto a nivel diocesano como parroquial. Lorenzana buscó la promoción humana, ayudando a los propios pobres a salir de su situación mediante la formación, ofreciéndoles ámbitos para que ellos mismos fueran los constructores de su propio desarrollo. Si Lorenzana fomentó para ello los trabajos de la seda, hoy nosotros, con los economatos, las tiendas de ropa reciclada, los talleres de formación, así como tantas otras iniciativas, continuamos esta senda evangélica. Nuevos modos de ejercer el siempre presente amor a los pobres, los predilectos de Cristo.

5. La mejora urbana de su sede episcopal

Una faceta de la actuación del cardenal, que sigue muy presente en la ciudad de Toledo, fue la de la mejora urbana de su sede episcopal. Entre las obras de urbanización que impulsó destaca la del Paseo de la Rosa hasta la puerta del Puente de Alcántara; el cierre del brazo lateral del Tajo que llegaba hasta la isla de Antolínez; los ensanches y alineaciones de las calles del Arco de Palacio, del Nuncio Nuevo, del Instituto y la del cardenal Lorenzana; mejoró las fachadas del palacio arzobispal, construyendo la portada de la capilla. Contribuyó a pagar los gastos de la obra del Paseo del Miradero. También costeó la plantación de árboles en el Paseo de la Vega y embelleció la ciudad con las estatuas de los reyes que habían sido desmontadas del Palacio Real de Madrid. Ya hemos recordado la construcción del edificio de la Universidad y del Hospital de Dementes, a los que hay que añadir los hospitales de San Juan de Dios y del Corpus Christi. Impulsó también obras en el Colegio de Doncellas Nobles. Fuera de la ciudad, bajo su pontificado se realizó la ampliación de la iglesia parroquial de Polán y en Talavera de la Reina, la remodelación del presbiterio y el nuevo retablo mayor de la Colegiata de Santa María. Las circunstancias sociales y económicas de la diócesis han cambiado mucho en este sentido, pero como servicio a la cultura de nuestro tiempo, la Iglesia de Toledo trata de cuidar y preservar el rico patrimonio artístico que hemos recibido como legado a custodiar y transmitir. Asimismo, dentro de nuestras limitaciones, procuramos mejorar ese patrimonio; como el cardenal, nos preocupamos, siguiendo las indicaciones del papa Francisco en la *Laudato sí*, del cuidado de la naturaleza, siendo destacable la repoblación que estamos impulsando de las laderas del Seminario Mayor con especies arbóreas. La labor de la Delegación del Cuidado de la Creación es, en este sentido, una concreción de la preocupación de la Iglesia local por la Naturaleza, reflejo de la belleza y majestad del Creador, atendiendo a la conservación de la casa común, siendo conscientes de que hemos recibido de Él la misión de preservar este don precioso. Hemos, como nos exhortaba el papa

Francisco en la Audiencia General del 22 de abril de 2015, de ver el mundo con los ojos de Dios Creador, siendo la tierra el ambiente que hemos de custodiar y el jardín que tenemos que cultivar. El Santo Padre recordaba en la misma que las relaciones de los hombres con la naturaleza no deben ser guiadas por la avaricia, la manipulación ni la explotación, sino que debe conservar la armonía entre las criaturas y lo creado dentro de la lógica del respeto y el cuidado, para ponerla al servicio de los hermanos, también de las próximas generaciones. El papa Benedicto XVI en *Caritas in veritate* ya había señalado que la Iglesia tiene una responsabilidad con la Creación y debe hacer valer esta responsabilidad también en público; haciéndolo debe defender la tierra, el agua y el aire como dones de la Creación que pertenecen a todos, debiendo también proteger al hombre contra la destrucción de sí mismo (CV 61). La naturaleza ha servido de inspiración a los místicos, como san Juan de la Cruz, quienes se han valido de sus imágenes para expresar lo inefable de la unión con el Amado. San Ildefonso de Toledo utilizó, en su obra *De itinere deserti* la simbología de los elementos de la naturaleza, desde el agua hasta las plantas, para ofrecer a los bautizados una instrucción que le sirviera para guiarse en la nueva vida que acababa de comenzar, de modo que por la observancia de los preceptos divinos llegase a la mansión de la vida eterna; el santo arzobispo simbolizaba esta marcha espiritual con el paso del mar Rojo y el caminar por el desierto, en el que las plantas y los animales aparecen como alegorías de las virtudes.

Nosotros, cuando recorremos como peregrinos los caminos que conducen a los diferentes santuarios que jalonan nuestra diócesis, como Urda o Guadalupe –cuyo antiguo Camino Real está siendo recuperado-, en el silencio interior y la contemplación de la belleza que nos rodea, podemos elevar nuestros corazones al Señor Jesucristo, «Sol que nace de lo alto». Los elementos de la naturaleza han servido también para cantar las alabanzas de la Madre de Dios, Estrella radiante de la mañana, como nos recuerda una hermosa advocación toledana, a la que también invocamos en nuestra diócesis con los nombres del Prado, de la Oliva o de la Encina.

6. Educador de los hijos del rey

El cardenal recibió del rey Carlos III la tarea de educar a los hijos del infante don Luis de Borbón, Luis, futuro arzobispo de Toledo, y sus hermanas, María Teresa y María Luisa. Estas pasaron a residir en toledano monasterio de San Clemente y el niño al propio palacio episcopal. Lorenzana se preocupó de preparar un equipo educador, así como un plan de formación, un completo proyecto educativo. En todo momento estuvo pendiente el cardenal de la educación de los niños, atendiendo, como era usual en él, hasta el más mínimo detalle. Fue una enseñanza individualizada y particular, orientándolos especialmente hacia el ámbito de las humanidades, pero sin olvidar, dentro del espíritu del tiempo, marcado por la Ilustración, las ciencias. Cuidó también de su formación religiosa, una religiosidad sencilla y razonada, propia de los ilustrados, alejándose de la rutina estereotipada del barroco. Alentó particularmente la vocación eclesiástica del joven Luis, preocupándose de su buena formación como futuro clérigo. Esta atención por la educación sigue presente en nuestra vida diocesana, conscientes de que la formación integral de la persona incluye el cuidado de su dimensión religiosa. En este sentido, los diferentes centros educativos diocesanos son un servicio no sólo a la comunidad creyente, sino a toda la sociedad; son un espacio privilegiado para el diálogo entre la fe y la cultura. Enlazamos con una larga tradición que hunde sus raíces en la época visigoda y que, a lo largo de los siglos, ha dado espléndidos frutos a través de las diferentes instituciones educativas que los prelados toledanos fueron fundando, y que abarcan todas las etapas docentes. No podemos olvidar al cardenal Gil de Albornoz, fundador del Colegio de Bolonia y cuyo patronazgo sigue ostentando el arzobispo de Toledo; a Francisco Jiménez de Cisneros, que buscó con la Universidad de Alcalá de Henares mejorar la formación teológica de sus clérigos, basada en un conocimiento de las Sagradas Escrituras e inspirado en lo mejor del Humanismo de su tiempo; a Juan Martínez Silíceo, que erigió dos instituciones que siguen hoy en día educando a niños y jóvenes, el Colegio de Doncellas Nobles y el de Nuestra Señora de los Infantes. A

estos habría que añadir otros que han ido desapareciendo o los centros educativos erigidos por los prelados toledanos fuera del territorio de la diócesis, como el Colegio Mayor de Santa Cruz, de Valladolid, fundado por el cardenal Pedro González de Mendoza, o el también Colegio Mayor de Santiago Zebedeo, en Salamanca, fundación del arzobispo Alonso de Fonseca. Aunque fue creada antes de su traslado a Toledo, la Universidad Pontificia de Salamanca debe su restauración a don Enrique Pla y Deniel, una de las figuras más importantes de la Iglesia española del siglo XX, cuya honda preocupación social puede enlazarse con la que tuvo Lorenzana en el siglo XVIII.

7. Propaganda Fide

Los últimos años del cardenal en Roma, tras su renuncia a la sede toledana, no sólo los dedicó a la atención a los pobres, sino que colaboró en la Congregación de Propaganda Fide, cuya tarea era alentar la vocación misionera de la Iglesia. La Iglesia, fiel al mandato de Cristo, ha de anunciar el Evangelio hasta los confines del mundo, a todos los pueblos, razas, lenguas y naciones. Nuestra diócesis tiene un profundo compromiso misionero, expresado en tantos hombres y mujeres de esta Iglesia local que llevan la Buena Noticia de Cristo por todo el mundo, y concretado, de modo institucional, en la misión de Perú, tanto en la prelatura de Moyobamba como en la diócesis de Lurín. No podemos dejar de ser misioneros y debemos ver, cada día más, como algo propio dichas labores misioneras, con nuestra oración, con nuestra ayuda económica y, si Dios nos llama a ello, marchando a colaborar de modo temporal o permanente con la misión diocesana. Lorenzana, desde el corazón de la Iglesia, habiendo sido pastor en las tierras americanas, podía comprender la necesidad de obreros que laborasen en aquellos lugares, anunciando a Cristo. Un anuncio que se enraíza en la propia cultura local, sin aniquilarla, sino fecundándola, enriqueciéndola, renovándola, como el propio cardenal había hecho en México cuidando de la composición de gramáticas en lenguas indígenas, para que estos fueran evangelizados en su propio idioma.

Conclusión

La historia de la Iglesia es una corriente fecunda que, nacida con la comunidad primera de Jerusalén, tras la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés y el anuncio del kerigma por Pedro, que llevó a una multitud a bautizarse y creer en el Señor Jesús, ha ido creciendo como río impetuoso, dando vida a una humanidad nueva, que abarca todos los pueblos de la Tierra. Esa historia, como ya nos mostraba san Lucas en el episodio de Ananías y Safira, esta entreverada de santidad y pecado, de la fuerza luminosa del ejemplo de los santos y de la debilidad de ser humano. Pero a pesar de todo, en ella se ha ido realizando el plan salvador de Dios. La historia de la Iglesia es un recordatorio palpable de que el Espíritu Santo sigue actuando en la vida de los hombres, suscitando carismas y modelos de santidad capaces de asumir los retos de cada momento; una fuente de esperanza, pues nunca la barca frágil pilotada por Pedro se ha hundido, ya que a pesar de las persecuciones, de las dificultades y problemas, la presencia de Cristo garantiza que no se hundirá, que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. La historia de la Iglesia es, asimismo, la memoria de lo que hemos sido. Cuidar su recuerdo, cultivar su estudio, profundizar en su sentido humano y teológico, es una exigencia que no podemos soslayar.

La Iglesia diocesana de Toledo ha procurado siempre cuidar su memoria ecclesiae. Ya los padres visigodos se preocuparon de dicha labor, como san Julián con su Vida de San Ildefonso o este prelado con el *De viris illustribus*. En los albores del siglo XXI, en el nuevo milenio al que el papa san Juan Pablo II nos invitaba a mirar con esperanza, queremos seguir siendo fieles a esta tradición, recordando a quienes nos precedieron en el tiempo y con quienes esperamos, en la consumación gloriosa de la historia con la vuelta del Señor en la Parusía, compartir los gozos eternos de la Jerusalén celestial. Por ello no podíamos dejar de rememorar, con agradecimiento, la figura de uno de nuestros grandes arzobispos, el cardenal Francisco Antonio de Lorenzana, pastor diligente y padre de los pobres.

